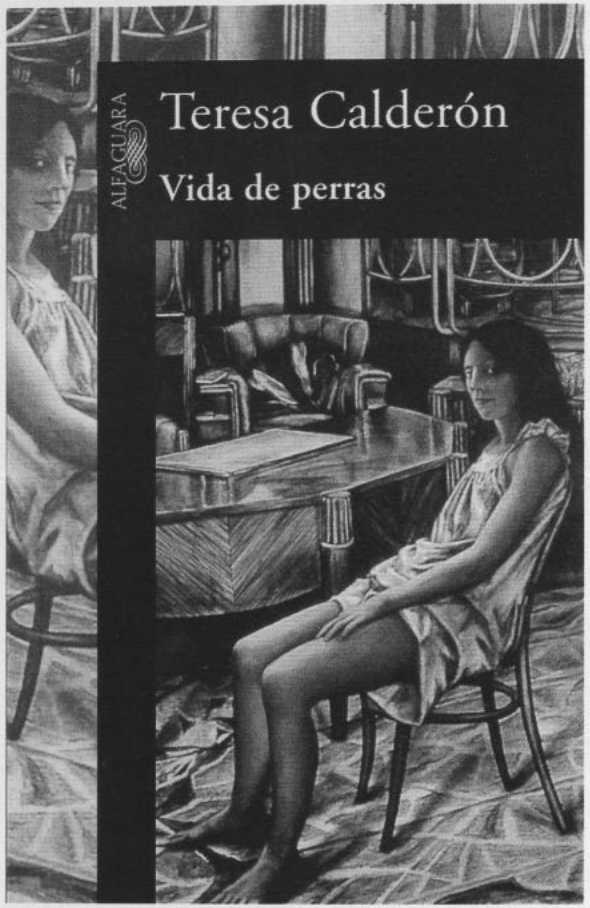
POR **RODRIGO PINTO**

LIBROS

Vida de perras

Por Teresa Calderón. Alfaguara, Santiago, 2000.



Estos cuentos de Teresa Calderón –muy poco favorecidos por la portada– son una grata sorpresa para el lector y una demostración de que es posible manejar bien dos géneros, la poesía y la narrativa en el caso de esta escritora, nacida en 1955 y ya con una amplia trayectoria de escritura a sus espaldas. Entre sus libros están, por ejemplo, *Causas perdidas* (1984, el primero), *Género femenino* (1989) y *No me arrepiento de nada* (1999), que le han asegurado una cierta presencia no sólo en Chile, sino en el ámbito de la lengua española.

Y esa trayectoria es un motivo de agradecimiento, porque en este libro se nota tanto el oficio como el talento. Da gusto leer a escritores que saben que lo son y, por lo tanto, cuidan el lenguaje, cultivan el estilo y se preocupan de cerrar bien sus historias. Cada autor puede tener más o menos éxito (de hecho, *Vida de perras* no es un libro regular, tiene altos y bajos), pero sin duda que aquello queda entregado al juicio estético del lector. En cambio, cuando ello no ocurre, cuando se entiende el ejercicio de la escritura como otra cosa (testimonio, autocontemplación, provocación, etcétera), se alza una barrera de entrada que dificulta mucho la comprensión del texto y que, desde luego, inhibe a los buenos lectores.

Y no es que estas historias carezcan de toda relación con la vida de la autora. De hecho, hay un relato plenamente biográfico (y uno de los mejor logrados), *Anuario 1972*, un notable ejercicio de la nostalgia que sirve a la vez como retrato de una época, tan oblicuo como exacto. Más aún, uno de los hilos fuertes de la mayor parte de los relatos es la historia contemporánea de Chile. El trabajo de la ficción se mueve dentro del horizonte de lo vivido, de lo visto, de lo sufrido en las pasadas décadas, tanto como en el argumento de venta puesto en la solapa, a saber, que este libro "se remonta a lo más profundo y escondido del alma femenina". Es posible que sea así. De hecho, es una voz femenina la que por lo general narra (y no sólo escribe), y es esa sensibilidad la que sin duda articula los relatos; pero sería también mezquino reducir *Vida de perras* a esa sola sensibilidad. Porque, a fin de cuentas, si los relatos son buenos, bien poco importa el género del autor; y estos relatos son dignos de una lectura tan desprejuiciada como atenta.

Se trata, pues, de un libro bien armado, bien logrado, que tiene unidad interna, que pone en escena a diversos personajes (o tal vez sólo a uno), ante las trampas de la historia, del amor, de la religión, de la profesión. Vidas, o una vida, situadas geográfica e históricamente, con una marca indeleble, el golpe de 1973: "Las ilusiones se fueron al diablo, y sin entender muy bien lo que pasaba, nosotras las que íbamos a ser reinas salimos expulsadas del paraíso". Esa marca generacional y política establece las coordenadas, pero no hay que equivocarse; en estas narraciones el testimonio está al servicio de la ficción, y no al revés, y por ello estos relatos son tan reveladores de la época que la autora vivió. Es decir, no hay una subordinación ni a la política ni a la compulsión de contar lo vivido, sino la elaboración cuidadosa y meditada de relatos que trascienden esa experiencia y la instalan en el territorio del país literario, con frecuencia más transparente y rico en matices, en luces y sombras, que la crónica pretendidamente fiel a la realidad.